

1. CARTA DEL RECTOR MAYOR

D. Egidio Viganó

«Más claridad de Evangelio»

«MAS CLARIDAD DE EVANGELIO».—Introducción.—*La gran opción del corazón, Cristo*: El significado de nuestra profesión religiosa. *El reto de la ambigüedad*.—*Los años 70 y el anuncio del Evangelio*: En la raíz está el Concilio: Puntos focales.—*Una trilogía básica para la renovación de la Pastoral*: «Directorio General de Pastoral Catequética», «Evangelii Nuntiandi», «Catechesi Tradendae».—*Sintonía de la Congregación*: «Evangelización y Catequesis», «Los Salesianos, evangelizadores de los jóvenes».—*Perspectivas, compromisos, propósitos*: Ser heraldos nítidos del Evangelio, trabajar con empeño en el área cultural, formar personas competentes.—*Don Bosco nos interpela*. Conclusión.

Queridos hermanos:

El pasado octubre de 1979 comenzamos una serie de encuentros de diálogo especiales: El Rector Mayor y algunos miembros del Consejo Superior se han ido reuniendo con grupos de Inspectores y sus Consejos. Se ha pasado ya por las Inspecciones de la India, por las de lengua alemana y por la de habla holandesa. En abril es el turno de las Inspecciones polacas y yugoslavas; luego seguiremos con las otras.

El tema de los coloquios se centra en las grandes orientaciones operativas y en las directrices de renovación emanadas en los dos últimos capítulos generales. El objetivo propuesto es hacer juntos un examen de conciencia realista por medio de una revisión concreta de la vida inspectorial en cuanto a su fidelidad al proyecto evangélico de Don Bosco, descrito competentemente y con autenticidad en las Constituciones.

En definitiva, se nos pregunta a cada Inspectoría, si somos de veras y con actualidad *evangelizadores genuinos de los jóvenes*.

Este tema esencial del anuncio del Evangelio, tan fuertemente subrayado por el Capítulo Gene-

ral 21, es lo que deseo invitaros a reflexionar con estas páginas, aprovechando la oportunidad que nos ha brindado la promulgación de la Exhortación Apostólica «Catechesi Tradendae».

Podemos decir que con este documento de Juan Pablo II sobre la catequesis en nuestro tiempo se ha completado en cierto modo una serie de intervenciones magisteriales sobre la renovación de la Pastoral en la Iglesia, tal como la inició el Concilio Ecuménico Vaticano II.

Se trata de un conjunto de directrices que inciden extraordinariamente en nuestra misión entre los jóvenes, y afecta directamente a todo el «relanzamiento» del Sistema Preventivo.

Por ello me propongo atraer vuestra atención sobre los tres documentos más importantes:

- el «Directorio General de Pastoral Catequística» (o «Directorio Catequístico General»), publicado el año 1971, cumpliendo así un mandato conciliar incluido en el decreto «Christus Dominus» (n.º 44);
- la Exhortación Apostólica «Evangelii Nuntiandi», que recoge y publica las ideas de la III Asamblea General del Sínodo de los Obispos, de 1974; y
- la Exhortación Apostólica «Catechesi Tradendae», que presenta el tema de la IV Asamblea General del Sínodo de los Obispos, celebrada el año 1977.

Estos documentos son como tres columnas que, juntas, sostienen una verdadera plataforma de lanzamiento de una pastoral nueva para anunciar el Evangelio hoy y en el futuro. Los dos decenios próximos «son la vigilia del tercer milenio de cristianismo» (Pablo VI); estamos llamados a preparar

durante ese tiempo el «nuevo Adviento» del 2000 (Juan Pablo II).

Nuestra época es una hora cargada de historia: «Es preciso tener el valor de vivirla con los ojos abiertos y con el corazón impávido [...], sin tener miedo a comenzar desde el principio la compleja y agotadora misión de la evangelización» (Pablo VI).

La gran opción del corazón: Cristo

Somos discípulos de Cristo que, con la profesión hemos hecho un gesto de libertad muy original: escogimos de forma radical y para siempre al Señor Resucitado. Cristo es nuestra opción fundamental, y ahora condiciona y orienta todas nuestras preferencias. El corazón del salesiano pasa por el misterio pascual antes de lanzarse por cualquier otro camino de la historia. Es un encuentro de amor y una alianza nupcial; sólo a partir de Cristo se explica nuestro género de vida, nuestra pertenencia a la Iglesia, nuestra misión juvenil y popular, nuestro proyecto educativo, nuestra actividad y el estilo con que la realizamos.

Es importante, hoy, renovar con claridad la conciencia de esta opción fundamental, para que se haga operativa en nuestras convicciones, en el testimonio de vida y en los compromisos de trabajo.

Viajando por los continentes, he podido percibir que existen diferentes polos de atracción culturales para revestir de actualidad el compromiso histórico de nuestra misión. Sobresalen dos: el proceso de «liberación», que antepone la consideración de los oprimidos y lucha por una justicia social mayor; y el proceso de «secularización», que se concentra en el giro antropológico y propone una formación humana de «laicidad» más pronun-

ciada. Esos dos polos culturales no son alternativos; por doquiera se presentan muy juntos, aunque no siempre con la misma acentuación. En el tercer mundo, por ejemplo, suele prevalecer el primer polo, y llega a una opción social por el pobre que no raramente se presenta inmersa en un clima temporalista de compromiso sociopolítico. En cambio, en las sociedades más desarrolladas económicamente predomina el segundo polo, y se pone el acento en una opción cultural por el hombre en un clima de compromiso pedagógico-social, a menudo, de humanismo horizontalista.

La consecuencia práctica es que se pueden escuchar, desde situaciones diversas, insistentes preguntas sobre los compromisos actuales del salesiano: cuáles deben ser sus destinatarios preferidos, cuál su opción histórica de utilidad social.

Desgraciadamente, no siempre el fondo está suficientemente claro para dar una respuesta a esas interpelaciones. Conocemos los peligros de un temporalismo politizado y ciertas modas de horizontalismo secularista. El aspecto que más preocupa de estos peligros es el de menoscabar el carácter genuino de la evangelización y de la catequesis, pudiendo llegar, en definitiva, a instrumentalizar la misma figura de Cristo en favor de una «revolución» o de un «humanismo».

Por eso no estará de más una reflexión sobre el significado vital de la opción hecha con nuestra profesión religiosa. Optamos entonces por Cristo de un modo tan fundamental, que hacemos de El el parámetro de todas las restantes preferencias: en nuestro corazón no existe ya ninguna opción que se anteponga a Cristo o sea independiente de El. El es la «gracia primera», el «carisma inicial», la «intuición genial» de todos nuestros amores y de todas nuestras iniciativas.

Si queremos responder bien a algunas preguntas inquietantes que las situaciones concretas nos plantean hoy sobre determinadas prioridades de trabajo entré nuestros destinatarios, lo primero de todo es estar con Don Bosco en su opción básica por Jesucristo. El salesiano de ayer, de hoy y de mañana ha optado, como su fundador, absoluta y definitivamente por Cristo; sólo a través de El discierne y decide. En efecto, nosotros no hacemos del Señor un punto de referencia porque amamos a los jóvenes y al pueblo, sino que nos entregamos a la juventud necesitada porque amamos al Señor. El corazón del salesiano está ocupado totalmente por Cristo, para amar a los jóvenes como los ama El; fija sus ojos en Cristo amigo de los pequeños y de los pobres; por eso su entrega a la juventud y a las clases populares resulta más generosa, más perseverante, más genuina y más fecunda. Sobre esa base fundamental se mueve en sus decisiones posteriores, siguiendo la vocación y la experiencia de Don Bosco con una adaptación dúctil a la vida de la Iglesia y a las exigencias de las coyunturas concretas.

En una hora de búsqueda de identidad personal y colectiva, lo primero que hay que asegurar es el mismo significado de nuestra profesión religiosa, que nos incorpora a una Comunidad que ha hecho su opción fundamental por Cristo Salvador y Pastor, amigo de los jóvenes (Cfr. la Circular sobre el Sistema Preventivo, ACS 290 y ACS 295).

¡Hoy, en la Congregación, tenemos necesidad urgente de reflexionar, antes de nada, sobre esa opción! Sólo la conciencia de esa opción fundamental nos dará más claridad de Evangelio.

El reto de la ambigüedad

Los fuertes cambios en que nos hemos visto

envueltos no sólo han sacudido toda la metodología pastoral en uso, sino que además han hecho mella, más de una vez, en algunos de sus grandes contenidos; con ello ha quedado oscurecida nuestra misión en su actualidad, en su capacidad incisiva y en su identidad.

No pocos, incluidos algunos de los nuestros, han comenzado a moverse en la ambigüedad, a no entender el significado histórico de nuestra vocación, a reducir el apostolado a promoción humana o a simple espiritualismo y práctica cultural, a valorar desmesuradamente algunos proyectos ideológicos, a no cuidar la importancia y la evolución del lenguaje, a interpretar el giro hacia el hombre como una superación de la relevación objetiva de Dios.

Ante un clima tan peligroso de incertidumbres, de inestabilidad y de confusión, que puede llevar al debilitamiento y al abandono de los grandes ideales de nuestra vocación, es preciso reaccionar y reconquistar la claridad y la validez del compromiso que asumen los auténticos mensajeros del Evangelio. Urge percibir la neta originalidad de la misión específica de la Iglesia, sin caer en la «tentación de reducir su misión a las dimensiones de un proyecto puramente temporal, de reducir sus objetivos a una perspectiva antropológica, la salvación de la que es mensajera y sacramento a un bienestar material, su actividad —olvidando toda preocupación espiritual y religiosa— a iniciativas de orden político o social» (Evangelii Nuntiandi, n.º 32). «En este final del siglo XX, Dios y los acontecimientos (...) invitan a la Iglesia a renovar su confianza en la acción catequética como en una tarea absolutamente primordial de su misión» (Catechesi Tradendae, n.º 15).

→ *El anuncio de Cristo a los jóvenes es nuestra razón*

de ser. Evangelizar y catequizar es la meta de nuestras iniciativas y la finalidad de nuestras «cualificaciones». No se trata, para nosotros, de una tarea adicional y de un servicio reservado al tiempo libre, sino una misión «totalizante», que «merece que el apóstol le dedique todo su tiempo, todas sus energías y, si es necesario, la sacrifique su misma vida» [...]. El mensaje del Evangelio de Cristo «es necesario, es único, es irremplazable. No admite indiferencia ni sincretismo ni acomodaciones» (Cfr. Ev. Nunt. n.º 5).

Os decía en mi circular sobre el Sistema Preventivo (V. Actas del Consejo Superior, n.º 290, agosto 1978) que la Palabra de Dios, por su misma naturaleza, revela e interpela. «La Palabra de Dios no es propiamente maduración humana o respuesta explícita a una situación problemática; sino iniciativa de Dios, don, interpelación, vocación, pregunta. El Evangelio, más que responder, pregunta.

«El educador debe ser consciente y leal a esta naturaleza de la Palabra de Dios. Su preocupación “pedagógica” de adaptación a la “condición juvenil” no debe ignorar ni oponerse a su compromiso pastoral de “profeta” del Evangelio.

»La armonía y la mutua y constante compenetración de ambos aspectos exige reflexión, revisión y lealtad.

»Por consiguiente, dado que la pedagogía del Sistema Preventivo se apoya en una opción explícita de compromiso pastoral, el salesiano deberá vigilar constantemente la autenticidad en la presentación de los contenidos de la fe. Su inclinación personal y su capacidad de ponderar las condiciones de los destinatarios ha de estar siempre iluminada y guiada por la figura de Cristo, que interpela

y llama como Señor de la historia» (Cfr. ACS n.º 290, págs. 41 s).

Es decir, tiene que cuidar atentamente una síntesis viva y unitaria de los dos niveles complementarios en el Sistema Preventivo, cuya alma nos revelan:

- *la «tensión pastoral»* en el corazón del hermano, que orienta y caracteriza toda su espiritualidad de «profeta»; y
- *el método pedagógico»,* que determina y guía toda su «criteriología» de «educador» en la programación pastoral de sus opciones y en la modalidad de sus actuaciones prácticas (Cfr. ACS n.º 290, pág. 13).

Me parece muy conveniente subrayar que la espiritualidad del profeta exige fidelidad en la transmisión de la Palabra de Dios; el «profeta» no puede ser arbitrario en su selección de contenidos (cfr. Cat. Trad. n.º 30): al joven llamado a conocer más y mejor el misterio de Dios «conforme a la verdad de Jesús» (Ef. 4, 20), «ningún pretexto es válido para negarle parte alguna de ese conocimiento» (Cat. Trad. 30). «(El catequista) no tratará de fijar en sí mismo, en sus opiniones y actitudes personales, la atención y la adhesión del catequizado; y, sobre todo, no tratará de inculcar sus opiniones y opciones personales, como si éstas expresaran la doctrina y las lecciones de vida de Cristo» (Cat. Trad. 6).

El mensajero del Evangelio no busca prosélitos para sí o para sus preferencias ideológicas, sino que trabaja, como portavoz de la Iglesia, para formar verdaderos discípulos de Cristo: «Me ha sido dado —dijo el Señor— todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos (*míos*) a todas las gentes» (Cfr. Mt 28, 18-19).

Por otro lado, el profeta se apoya en «certezas» que sabe comunicar a los demás con convicción: está llamado a transmitir «no dudas o incertidumbres, nacidas de una erudición mal asimilada [...], sino certezas sólidas, ancladas en la Palabra de Dios» (Cfr. Ev. Nunt. 79).

Por desgracia debemos reconocer, sin embargo, —dice el Papa—, que se encuentran hoy, por doquier, abusos en las tareas del evangelizador y del catequista: reducción de la verdad sobre el misterio de Cristo (Cat. Trad. 29), falta de integridad en los contenidos de la catequesis (cfr. Cat. Trad. 30), condicionamientos ideológicos (cfr. Cat. Trad. 52), desfases de la culturación (cfr. Cat. Trad. 53, 54, 59), sensación de inseguridad que condesciende con una enseñanza de pura investigación sin certezas (cfr. Cat. Trad. 60), desequilibrios en el acercamiento ecuménico (cfr. Cat. Trad. 32-33), variadas lagunas en los textos y manuales (cfr. Cat. Trad. 34, 39), etc.

Ahora bien, el ministerio del «profeta» del Evangelio proviene directamente de Cristo Maestro, a través de los Apóstoles y de la ininterrumpida Tradición (transmisión viva) de la Iglesia. En un cambio de época, esto es muy «importante, aunque arriesgado» (cfr. Cat. Trad. 61): hay que simultanear una renovación profunda y una lealtad genuina: «Es necesario que la Iglesia dé prueba hoy —como supo hacerlo en otras épocas de su historia— de sabiduría, de valentía y de fidelidad evangélicas, buscando y abriendo caminos y perspectivas nuevas» (Cat. Trad. 17).

¡Cuánto exige, a cada uno de los salesianos, *la síntesis viva y unitaria del doble aspecto de «profeta» y de «educador»* para poner en práctica, como Don Bosco, aquel Sistema Preventivo que evangeliza educando y educa evangelizando!

Los años setenta y el anuncio del Evangelio

Los tres documentos magisteriales recientes nos invitan precisamente a un serio examen de conciencia sobre la fidelidad a esta nuestra misión de evangelizadores de los jóvenes; nos ayudarán a reavivar, en la práctica, las intenciones genuinas del Sistema Preventivo.

Examinemos brevemente la ambientación histórica de esos tres documentos.

En la raíz está el Concilio

El gran acontecimiento que ha marcado el actual «tiempo de la Iglesia» es, sin duda, el Concilio Ecueménico Vaticano II.

El Papa Juan hablaba de él como de un nuevo Pentecostés. De él brota un anuncio del Evangelio que toca en lo vivo de los problemas del hombre moderno, con la búsqueda de un lenguaje adecuado.

Pentecostés fue el punto de partida para la difusión del Evangelio por los diversos pueblos y lenguas. De la fecundidad de aquel acontecimiento y de aquel «tiempo de la Iglesia» surgió toda la actividad evangelizadora y catequística que caracterizó los siglos siguientes.

También *el Vaticano II* lleva consigo una fecundidad «pentecostal». Pablo VI lo consideraba «*el gran Catecismo de los tiempos modernos*» (Cat. Trad. 2). Efectivamente, los objetivos del Concilio se compendian en uno solo: «hacer a la Iglesia cada vez más idónea para anunciar el Evangelio a la humanidad» (cfr. Ev. Nunt. 2). Esta es su misión y su pasión ardiente, como proclama la «Lumen Gentium»: «Cristo es la luz de los pueblos. Por ello este sacrosanto Sínodo, reunido en el Espíritu

Santo, desea ardientemente iluminar a todos los hombres, anunciando el Evangelio a toda criatura» (LG 1).

Esta primera y fundamental observación es indispensable para comprender tanto el alcance como las perspectivas de la renovación de la evangelización y de la catequesis. Es indispensable para no valorar o programar el anuncio del Evangelio sólo en términos «cuantitativos» de iniciativas, y para acoger y comprender en profundidad *su «giro cualitativo» respecto a los contenidos, al método, al lenguaje, a los ambientes y mediaciones, a los objetivos y a los agentes.*

Toda la obra conciliar comporta fuertes estímulos para renovar el anuncio del Evangelio: desde las perspectivas sobre la Revelación (Dei Verbum) y sobre la Iglesia (Lumen Gentium, Sacrosanctum Concilium, Gaudium et Spes) hasta el dinamismo de la fe y de la evangelización (Ad Gentes, Christus Dominus, Presbyterorum Ordinis, Apostolicam/Actuositatem, Inter mirifica, Gravissimum Educationis), hasta la reflexión sobre el hombre y el mundo (Gaudium et Spes) y sobre las relaciones con las otras confesiones, religiones, corrientes de pensamiento y «experiencias» típicas del mundo contemporáneo (Orientalium Ecclesiarum, Unitatis redintegratio, Nostra Aetate, Dignitatis Humanae).

Puntos focales

En el Vaticano II al ministerio de la Palabra (¡situado siempre en el primer lugar entre los tres niveles del servicio pastoral del Obispo y del Presbítero!) se lo lanza con valentía y a fondo en nuevas direcciones. Más que un nuevo abanico de

temas interesantes, nos presenta una novedad de enfoque o de perspectivas para explicar los temas. Esas nuevas direcciones que iluminan todo, son fundamentalmente tres: la Palabra de Dios, el Hombre y la Iglesia.

Además, el Concilio ha puesto a Cristo en el centro de la reflexión y de las actividades de la fe: en El se manifiesta y es proclamada la Palabra de Dios; en El se esclarece y desentraña, en último término, el misterio del Hombre; con El se relaciona nupcialmente la Iglesia como «Cuerpo de Cristo» en la historia.

La «Palabra de Dios» da al hombre una visión penetrante y global de toda la realidad y le hace comprender el significado de su vocación. El Concilio quiso que los creyentes sintonizaran claramente con la Sagrada Escritura, leída en la lengua propia y comentada en las celebraciones litúrgicas; al exigir esto, no se limitó a enunciar un principio, sino que creó una praxis que debe desembocar en una evangelización y en una catequesis donde el primer puesto lo ocupe la Palabra de Dios: la Sagrada Escritura, no ya como «subsidio», o «ejemplo», o «argumento», o «cita», algo añadido desde fuera a contenidos cuya sustancia procede de otras matrices; sino como materia prima y principal de evangelización y de catequesis.

También el giro hacia el hombre, el «núcleo antropológico» es una perspectiva más que un tema: indica que todo debe dirigirse hacia el Hombre («¡vuelto, no desviado hacia el hombre!», diría Pablo VI). Es precisamente él a quien se dirige la Palabra de Dios, porque ha sido amado y creado de forma tan superior, que el misterio de Dios no es para él simplemente una curiosidad intelectual más o menos lujosa, sino una necesidad de su existencia, una constante de su historia, el único

horizonte verdadero de su propio proyecto personal de futuro, y el componente más indispensable de su salvación. Esta perspectiva antropológica comportará, para el anuncio del Evangelio, la necesidad de estudiar seriamente problemas de acercamiento, de lenguaje y de comunicación, y de valorar, no como cosa de segunda categoría, las ciencias del hombre en el conjunto de la «calificación» pastoral.

Finalmente, el acento puesto por el Concilio sobre la Iglesia comporta una especie de vuelco de la situación. Su carga de «misterio» la presenta como el gran Sacramento de los siglos, donde el «pueblo» es convocado y constituido por la Palabra de Dios. La «comunidad eclesial» se nutre de los contenidos de la Revelación y los intercambia fraternalmente; es también el «lugar» de resonancia de la verdad salvífica; es la guardiana del «sentido de la fe», que, bajo la guía de los Pastores, va clarificando progresivamente a la luz de los acontecimientos de la historia más que a través de análisis semánticos; se convierte así en la «servidora de la humanidad» en su crecimiento hasta la edad perfecta.

Será difícil, en estos dos decenios inmediatos, decir nada verdaderamente útil en nuestra misión juvenil y popular, si no se asumen operativamente estas líneas maestras. En efecto, no se trata únicamente de «contenidos», sino de *un nuevo planteamiento cualitativo* de la actividad evangelizadora y catequística para el hombre de hoy. Precisamente por esa razón me he alargado un poco en estas perspectivas de partida.

Las principales iniciativas eclesiales del posconcilio han repetido, profundizado, esclarecido, desarrollado y precisado, desde el punto de vista pastoral, esta visión madurada en el Vaticano II. Así hemos asistido a un esfuerzo general de actua-

ción y renovación (pensemos, por ejemplo, en las cuatro Asambleas Generales del Sínodo de los Obispos y en las dos Conferencias Episcopales Latinoamericanas de Medellín y Puebla) con muchos puntos positivos.

Se han afirmado cosas inéditas sobre la concepción y sobre la praxis de la pastoral, con una sensibilidad antropológica mayor. Se han reconsiderado y reestructurado los centros y los medios de formación para el anuncio del Evangelio: los programas, los textos, los institutos de pastoral y de catequética.

Un esfuerzo tan gigantesco comporta necesariamente también *problemas no sencillos*: se buscan nuevos caminos y métodos, lenguajes más apropiados, integración de fe y vida; se busca una «interdisciplinariedad» orgánica, el uso de nuevas posibilidades y técnicas pedagógicas, etc. Acá y allá surgen también la visión unilateral, la «contestación» y la crisis de identidad de la pastoral; ya hemos aludido a cierta sensación de incertidumbre y de extravío: no es difícil citar experiencias discutibles y constatar tendencias de integrismo o de progresismo, cuando no se ha entendido la nueva perspectiva de la evangelización y de la catequesis.

Una trilogía básica para la renovación de la pastoral

De todo este esfuerzo y afán eclesial han emergido algunos hechos muy importantes y significativos para la pastoral. Afectan a toda la Iglesia Universal: el Congreso Catequístico Internacional (año 1971), la III Asamblea General del Sínodo de los Obispos —sobre la evangelización de los pueblos— (año 1974), el Año Santo —dirigido particularmente a renovar el anuncio del Evangelio— (año 1975), las varias reuniones episcopales a nivel

continental sobre el mismo tema y, finalmente, la IV Asamblea del Sínodo de los Obispos (año 1977) —centrada en el tema de la catequesis en nuestro tiempo.

Encuadrados por todos esos acontecimientos eclesiales de los años 70, aparecen los tres grandes documentos magisteriales que constituyen la trilogía básica de que hemos hablado.

1) El «Directorio General de Pastoral Catequética»

Este documento (11 de abril de 1971) marca *un momento decisivo para las tareas actuales de la catequesis*. Todavía hoy «sigue siendo un documento básico para orientar y estimular la renovación catequética en toda la Iglesia» (Cate. Trad. 2).

«Tiene como finalidad, indicar unos principios teológico-pastorales de carácter fundamental [...] por los que pueda orientarse y regirse más adecuadamente la acción pastoral del ministerio de la Palabra [...]. Unicamente si desde el principio se entienden rectamente la naturaleza y los fines de la catequesis, como también las verdades que en ella se deben transmitir —teniendo en cuenta los destinatarios de la catequesis y las condiciones en que se encuentran— se podrán evitar los defectos y errores que se descubren hoy no pocas veces en materia catequética» (Dir. Gral. Past. Cat., proemio).

El documento destaca con mucho relieve el hecho de que el anuncio del Evangelio es un acto de la Tradición viva de la Iglesia; no sólo comunica los contenidos de la Revelación «cerrada con el tiempo de los Apóstoles», sino que ayuda también, bajo la guía del magisterio de los Pastores, a percibir las relaciones del Evangelio con los signos de los tiempos, profundizando sus contenidos, apli-

cándolos a las situaciones nuevas, y discerniendo «con autenticidad las formulaciones y las explicaciones propuestas por los fieles».

«De ahí se sigue la necesidad de que el ministerio de la Palabra exponga la divina Revelación como el Magisterio la enseña, y como se expresa en la conciencia y fe vivas del Pueblo de Dios, bajo la vigilancia del Magisterio. De esta manera, el ministerio de la palabra no es una mera repetición de la doctrina del pasado, sino su reproducción fiel con una adaptación a los problemas nuevos y una creciente inteligencia de ella» (Ibídem, 13).

El Directorio recoge orgánicamente y unifica catequísticamente las perspectivas conciliares. Sobre esa base (con sus diversas partes: Actualidad del problema, Ministerio de la palabra, el Mensaje cristiano, Metodología, Catequesis por edades, Programación pastoral), se formulan sugerencias catequísticas que deberán servir para compilar los directorios nacionales y redactar los catecismos según la peculiaridad de los diversos contextos y regiones.

No cabe duda que este programa de profunda renovación catequística produjo un pequeño desbarajuste (también entre algunos de los nuestros). Se trata de ciertas diferencias no sustanciales, surgidas entre quienes entraron por la línea que propone el Directorio y procuraron traducirla en términos operativos, y quienes, por no haber asimilado sus propuestas ni valorado ecuánimemente los primeros tanteos normales en todo cambio, se quedaron estancados en fórmulas, métodos y prácticas anteriores; discrepancias agravadas, además, en algunas partes, por ciertos desfases, omisiones y peligrosas imprecisiones, tal vez inevitables en un rodaje de tan vastas proporciones.

2) La Exhortación Apostólica «*Evangelii Nuntiandi*»

Este segundo documento (8 de diciembre de 1975) tiene una importancia capital en una época que trata de precisar el papel del Cristianismo en la transformación del mundo. Proclama que la evangelización «constituye la misión esencial de la Iglesia, [...] su identidad más profunda» (Ev. Nunt. 14), su aportación original a la tarea histórica de los hombres (Ibidem, 5, 15, 51, 81).

La evangelización implica una percepción clara de la «trascendencia» del misterio de Cristo: el Evangelio no se identifica con los «signos de los tiempos», sino que es por su misma naturaleza revelador del «Reino de Dios» anunciado por Jesucristo (Ibidem, 6-12, 25-28). Sin embargo, comporta a la vez una finísima sensibilidad de «encarnación»: el Evangelio es un mensaje que compromete toda la vida humana y su historia, es muy sensible a las exigencias de los «signos de los tiempos» (Evangelio, cultura y lenguaje: Ibidem, 1-9-20, 22, 40, 50).

El acercamiento, el cotejo, la diferenciación y la relación de la evangelización con el concepto y el movimiento histórico de la liberación humana, en que se detiene la Exhortación (núma. 30-38), aclaran el «*papel específico*» y propio del anuncio del Evangelio, expuesto, sin embargo, con claridad en los números anteriores.

Es notable, en el documento, su concepción amplia y comprensiva de la evangelización: «Ninguna definición parcial o fragmentaria refleja la realidad rica, compleja y dinámica que comporta la evangelización [...]». Resulta imposible entenderla si no se procura abarcar simultáneamente todos sus elementos esenciales (Ev. Nunt. 17). No se limita a anunciar el Evangelio a quien no lo conoce, sino

que comprende «un paso complejo, con elementos variados: renovación de la humanidad, testimonio, anuncio explícito, adhesión del corazón, ingreso en la comunidad, recepción de los signos e iniciativas de apostolado [...]. Hay que ver siempre cada uno de ellos integrado con los otros» (Ev. Nunt. 24).

Por eso una programación pastoral acertada es siempre «global» y no «parcial», se preocupa de «componer», no de «oponer» entre sí los diferentes elementos.

Se comprenderá mejor *el alcance renovador* de una concepción semejante, si se recuerda que antes se hablaba de «evangelización» casi sólo como de una específica acción apostólica en las «tierras de misión». Ahora bien, poner en el centro una «evangelización» así entendida, significa desplazar sustancialmente el eje de toda la acción pastoral con miras a garantizar la maduración de «creyentes» auténticos.

Es fácil enumerar algunas de las razones que han motivado ese *cambio de perspectiva*: El desmoronamiento de la situación de «cristiandad», la llegada del pluralismo cultural y religioso, el vasto movimiento de secularización y descristianización, la nueva conciencia de socialización y de los derechos de la persona, etc. Todo esto obliga a repensar, en clave de Evangelio, la praxis pastoral tradicional. Ponerse en estado de evangelización significa, entonces, aceptar el reto de una especie de «economía de mercado», donde la fe no es ya un valor que se da por descontado y todos aceptan, sino una profecía de personas y comunidades convencidas que testimonian en la vida lo que creen por la fe. Toda la acción pastoral recibe, desde esta perspectiva, una innovadora dimensión de evangelización.

Para nosotros en concreto, es muy importante

el llamamiento hecho a los Religiosos, no sólo en cuanto a su peculiar testimonio tejido de «pobreza y desprendimiento, de pureza y transparencia, de abandono en la obediencia» (Ev. Nunt. 69), sino también porque su apostolado está «marcado por una originalidad y una imaginación que suscitan admiración. Son generosos: se los encuentra frecuentemente en la vanguardia de la misión» (Ibidem).

En la obra de la evangelización, pues, estamos invitados a acudir a la vanguardia de la misión como una auténtica originalidad carismática de vida y de acción, es decir, a recuperar con valentía la índole propia de nuestro Instituto (cfr. Mutuae Relationes 11-12), por la que hacemos real, en la Iglesia, el Carisma de Don Bosco.

3) La Exhortación Apostólica «Catechesi Tradendae»

Este tercer documento, finalmente, apareció casi en la misma clausura de los años 70 (16 de octubre de 1979). Tanto en el mensaje final del Sínodo de 1977, como en la misma Exhortación se reconoce explícita y solemnemente *la importancia de la catequesis en la vida de la comunidad cristiana y en la acción pastoral*:

«Durante los diez años próximos, la catequesis será en todo el mundo el terreno natural y más fructífero para la renovación de toda la comunidad eclesial» (Mensaje, 4).

En estos últimos años del siglo Dios «invita a la Iglesia a renovar su confianza en la acción catequética como una tarea absolutamente primordial de su misión. Es una invitación a consagrar a la catequesis sus mejores recursos» (Cat. Trad. 15).

La catequesis merece la prioridad en el conjunto de la acción pastoral (Mensaje, 18; cfr. Cat. Trad. 15).

Podemos destacar, dentro del impulso dado al movimiento catequístico, algunos puntos concretos:

- *la ratificación de las líneas principales de la renovación lanzada por el Concilio*, mirando con optimismo los pasos dados, aunque deban evitarse algunos defectos, para cuya corrección el Sínodo dio orientaciones provenientes de la experiencia común y de la reflexión episcopal;
- *la consideración de la «complejidad» del hecho catequético*, que no se reduce a enseñanza, sino que comprende a la vez «palabra», «memoria» y «testimonio» (Mensaje, 8-10), y une en sí indisolublemente:
 - «el conocimiento de la Palabra de Dios»,
 - «la celebración de la fe en los sacramentos», y
 - «la confesión de la fe en la vida diaria» (Ibídem, 11).
- *la indicación del valor ejemplar del «catecumendo»* como procedimiento básico muy importante en la situación actual.

El texto de la Exhortación de Juan Pablo II debe ser leído en el contexto más amplio del trabajo sinodal y de todo el movimiento de desarrollo de la evangelización y de la catequesis, intensificado con la aparición del «Directorio General de Catequesis Pastoral», cuyo valor ratifica (cfr. Cat. Trad. 18). El Papa se propone dar nuevo vigor a las iniciativas de la catequesis, estimulando «la creatividad —con la vigilancia debida— [...] para difundir en la comunidad cristiana la alegría de llevar al mundo el misterio de Cristo» (Cat. Trad., 4).

Aspecto relevante es el puesto central dado a la persona y al misterio de Cristo (cfr. Ibídem, cap. 1). Sujeto y objeto principal de la catequesis, Cristo es

la «verdad» que se transmite, el «camino» por donde se avanza, la «vida» de que se participa, el «único Maestro» que nos guía. Este tema de la centralidad de Cristo, en la «autocomprensión» del hombre y en el proceso para su salvación, lleva a conclusiones que comprometen del todo a los evangelizadores, pidiéndoles una actitud coherente de discípulos fieles.

Resalta igualmente la presentación de una concepción amplia de catequesis (cfr. *Ibidem*, 25). Su identidad comporta una verdadera naturaleza específica, distinta de la evangelización inicial, si bien la catequesis es, globalmente, una «etapa de la evangelización», un momento particularmente importante de todo el proceso de crecimiento en la fe. *Es «enseñanza», «educación para la fe» e «iniciación en la vida cristiana»: «hace madurar la fe inicial y educa al verdadero discípulo de Cristo»* (Cfr. *Ib.* 19), desarrollando el primer anuncio. En su aspecto de enseñanza es un ahondamiento doctrinal, ordenación de sus elementos, visión más armónica y sistemática (cfr. *Ib.*, 21, 22, 35), aunque acompañada siempre de aspectos de descubrimiento y de iniciación (cfr. *Ib.*, 18, 22, 33, 37, 72). El Papa la describe, con mucho acierto, de diversos modos (cfr. *Ib.* 18, 19, 22, 25, 26, 47, 72).

Esta Exhortación sobre la catequesis constituye también, según el espíritu del pontificado de Juan Pablo II, *una llamada a la prudencia*, a la objetividad eclesial y a la seriedad profética en la labor catequística, sobre todo con su *insistencia en la integridad de los contenidos*.

Sintonía de la Congregación

Los Salesianos no se han mantenido al margen en este movimiento de la Iglesia. Nuestro com-

promiso está cuajado de hechos verdaderamente notables: esfuerzo por la «cualificación» del personal, inclusión de la catequética y disciplinas complementarias en los programas de formación, preocupación por multiplicar catequistas laicos, fundación de centros catequísticos como estructuras de animación o como centros de producción y difusión de material y subsidios, esfuerzo por comprender y programar contenidos y métodos en los diversos ambientes —aunque no siempre con los mismos resultados—, servicios especializados a zonas y diócesis (cfr. Don Luis Ricceri: «Relazione sullo stato della Congregazione», 31 octubre 1977).

Nuestros diversos Centros ya existentes de estudio, de formación, de aplicación y programación y de difusión se han dedicado con competencia a múltiples y cualificadas iniciativas al respecto.

Durante el decenio último se ha llevado a cabo también un no fácil trabajo de revisión a fondo de nuestra Universidad Pontificia. Se ha pretendido mejorar en ella la convergencia de las investigaciones y de la docencia de las diversas Facultades en un centro de interés común y global constituido precisamente por la Pastoral Juvenil y por la Catequética. Finalmente, tantos afanes y preocupaciones han desembocado en un plan de «refundación», que esperamos sea eficaz (cfr. en este mismo número de las Actas: Carta del Rector Mayor al Rector Magnífico, «Universidad Pontificia Salesiana, reestructuración», en la sección «documentos»).

A nivel de reflexión y de orientación general, en la década de los años setenta, la Congregación ha plasmado su experiencia y sus opciones en dos documentos sancionados, respectivamente, por los capítulos generales 20 y 21.

a) «Evangelización y Catequesis»

Es el documento tercero del Capítulo General Especial. Observemos que el «tema» no estaba previsto por ninguno de los numerosos esquemas precapitulares. Sólo fue pedido y aceptado en las jornadas iniciales del Capítulo. Abre la serie de los textos sobre nuestra acción pastoral (documentos 4, 5, 6, 7), y da su tono fundamental: considera «la catequesis juvenil como la primera actividad del apostolado salesiano». Por ello pide *que se repiensen y organicen «todas las obras en función prevalente de la formación del hombre para la fe»* (Cfr. CG 19, citado en el CGE, n.º 279).

Nacido en el contexto de una reflexión global sobre nuestra vida y sobre nuestra misión, hecha a la luz de los requerimientos conciliares, elaborado bajo la inspiración inmediata del «Directorio General de Pastoral Catequética», nuestro documento asume totalmente sus perspectivas y programas. Tal opción de fondo la expresa la siguiente afirmación: «El documento tiene presente la “opción antropológica” de todas sus partes y relaciona constantemente (entre ellos) al hombre concreto, a la Palabra de Dios y a la comunidad».

«Esto permite subrayar la prioridad de la Palabra de Dios como criterio primordial de renovación y afirmar que todo el proceso que se desarrolla pastoralmente del hombre hacia Cristo se inspira, desde el principio, en Cristo» (CGE, núm. 274, 2).

A la luz de esta «opción» hay que ver el énfasis “educativo”. El documento destaca, efectivamente, «el contexto educativo en el cual se ha desarrollado siempre la catequesis en nuestra Congregación» (CGE, núm. 274, 4). «Catequizar es más que predicar o enseñar religión o dar catecismo; es una

acción educativa completa para ayudar al bautizado a organizar globalmente los valores de su personalidad con perspectiva evangélica» (CGE, núm. 307).

En torno a estos «puntos» (LA PALABRA DE DIOS, EL HOMBRE, LA MEDIACION COMUNITARIA) se concentran referencias y alusiones, y de ellos proceden otros desarrollos, que no es posible exponer con detalle en los estrechos límites de esta carta: escuchar la PALABRA (CGE, núms. 282-288), anunciar la Palabra desde dentro del HOMBRE (CGE, núms. 289-292), testimoniar la Palabra (CGE, núms. 293-296), catequizar a través de auténticas COMUNIDADES (CGE, núms. 318-321), evangelizar «en diálogo» con un mundo pluralista (CGE, núms. 297-300).

Se concibe a toda la Inspectoría como una «comunidad a servicio» de la evangelización: Es deber suyo «renovar el impulso apostólico de las comunidades y de los hermanos, asumir la responsabilidad en la formación del personal, reajustar las obras para una mejor evangelización, programar a nivel inspectoral la acción catequística» (CGE, núm. 337).

Los aspectos de una educación integral para la fe, según la praxis salesiana, implican: encaminar hacia la persona de Jesucristo (Const., 21), favorecer la maduración de una personalidad cristiana y de una mentalidad de fe (Const. 22), iniciar en la vida litúrgico-sacramental (Const., 23) y llevar hacia el compromiso (CGE, 315).

Síntesis de contenidos y de métodos, planteamiento educativo, opción por la orientación pastoral es cuanto el Capítulo General Especial 20 nos brindó al comienzo de los años setenta, y nos sigue ofreciendo, si somos capaces de no olvidarlo y de comprender sus estímulos.

b) «Los Salesianos, evangelizadores de los jóvenes»

Es el primer documento del Capítulo General 21. Pretende aplicar las sugerencias de la «Evangelii Nuntiandi» en el área juvenil, según el proyecto educativo y pastoral de Don Bosco.

Dando por adquiridos ya los planteamientos doctrinales-pastorales y las indicaciones metodológicas básicas elaboradas por el Directorio General de Pastoral Catequética y por el Capítulo General Especial, el Capítulo General 21 concreta algunas opciones y, sobre todo, *inserta orgánicamente la catequesis en un PROYECTO EDUCATIVO* proponiendo de nuevo el Sistema Preventivo como una síntesis original de actitud profética, de criterios pastorales y de métodos de evangelización.

La opción antropológica se traducirá en una exigencia de acercamiento constante a la condición juvenil «mediante un análisis suficientemente serio» (CG 21, núm. 30), puesto que «la evangelización pasa también y cada vez con mayor urgencia por el análisis de las situaciones de vida que inciden en la personalidad juvenil» (GC 21, núm. 20).

(Esta opción antropológica) se expresa también al realizar la evangelización «dentro de un proyecto que se propone la promoción total del hombre, el desarrollo integral del individuo y de los grupos (cfr. CG 21, núm. 81).

La mediación comunitaria se hace real, según indica la «Evangelii Nuntiandi», con el testimonio evangélico de una comunidad religiosa animadora, es decir, abierta y servidora de una comunidad más amplia, educativa y pastoral, en un intercambio de comunión y de participación en los ideales, en las responsabilidades y en los programas.

La Palabra se encarna y se transmite en un

proyecto que «ni es pura pedagogía ni es sólo catequesis», sino una «rica síntesis [...] de procesos de promoción humana y, a la vez, de anuncio evangélico y de profundización en la vida cristiana» (CG 21, núm. 80).

El proceso completo implica, pues, asumir la vida del muchacho y valorizar los elementos y hechos que la componen hasta un nivel de «experiencias educativas» (juego, instrucción, distensión, ideales, grupos). Todo ello inspirado, desde su inicio, en la Palabra y en la presencia de Cristo, que sabiamente se va haciendo más explícita de una manera gradual.

En efecto, es en continuidad con la labor de maduración y promoción de los valores más específicamente humanos como se desarrolla la dirección propiamente religiosa y cristiana (cfr. CG 21, núm. 91).

En este inserir la evangelización dentro de un proyecto educativo no es secundaria para la catequesis la dimensión cultural. No comprendería el secreto del Sistema Preventivo quien siguiera yuxtaponiendo las «actividades culturales» o recreativas a la catequesis, considerándolas simplemente como un instrumento de atracción más que como un valor objetivo, si bien subordinado, cuya riqueza y fuerza educativa hay que saber apreciar.

Junto con esta modalidad realista, que comporta la inserción de la catequesis dentro de un proyecto integral de formación compuesto de experiencias, contenidos, relaciones, clima y estilo, el Capítulo General 21 nos ha ayudado a valorar algunos aspectos importantes en nuestra actividad evangelizadora y catequística: la iluminación a través de la enseñanza y la doctrina, la vida sacramental y litúrgica, la devoción mariana y la orientación sacramental.

Ahora se trata de que cada Inspectoría condense todo en un proyecto educativo integral que sea, en la práctica, el camino por donde se mueva nuestra conversión posconciliar.

Perspectivas, compromisos, propósitos

La rápida presentación de las riquezas pastorales que nos han ido regalando los acontecimientos y las orientaciones de los años setenta tenía por objeto ayudarnos a percibir y sintonizar con las preocupaciones de la Iglesia, y a reconsiderar, a su luz, las incumbencias de la Congregación.

Ser heraldos nitidos del Evangelio

Nuestra sensibilidad eclesial y una docilidad práctica a los dos Capítulos Generales últimos exigen que nos pongamos decididamente «en estado de evangelización». Esto no nos pide tanto añadir alguna actividad más a nuestro trabajo, cuando replantearlo globalmente en función de un testimonio convincente y de un anuncio eficaz del Evangelio.

Siguiendo el primer documento del Capítulo General 21, cuya finalidad fue precisamente el poner a la Congregación en tal «estado», veamos cómo mejorar «la comunidad evangelizada» y «la comunidad animadora», cómo relanzar «el proyecto educativo y pastoral salesiano», cómo incrementar «la fecundidad vocacional de nuestra acción pastoral», y, finalmente, cómo revisar nuestros diversos «ambientes y caminos de evangelización».

Nuestro trabajo educativo debe estar orientado positivamente hacia Cristo siempre y en todas partes, incluso entre los no cristianos. En efecto, «el sis-

tema educativo de Don Bosco —nos dice el Capítulo General— se revela genial en sus intuiciones y dotado de las más variadas posibilidades. Aplicado con ductilidad, de modo gradual y con sincero respeto hacia los valores humanos y religiosos presentes en las culturas y religiones de nuestros destinatarios, produce frutos fecundos en el plano educativo, crea amistades y suscita simpatía en alumnos y ex alumnos, libera grandes energías de bien, y, en no pocos casos, coloca los fundamentos de un camino libre de conversión a la fe cristiana (CG 21, núm. 91).

→ Cada uno de los hermanos debe considerar que todo su trabajo educativo debe encontrar «su inspiración y sus motivaciones en el Evangelio. La luz que lo ilumina y la meta a la que en último término lleva es Cristo. Dar a conocer a Dios como Padre, ayudar a encontrar su voluntad en cada momento y colaborar con Cristo Jesús para la venida del Reino, es el fin último de toda acción educativa salesiana» (CG 21, núm. 91). Lo que constituye el fin último de nuestras intenciones debe ser también el primer elemento energético de nuestra tensión pastoral. En nuestro proyecto educativo, «Cristo es el fundamento: El muestra y promueve el sentido de la existencia y la transforma dando al hombre posibilidad de vivir de un modo divino; es decir, de pensar, querer y actuar según el Evangelio, haciendo de las bienaventuranzas la norma de su vida» (CG 21, núm. 91).

Por otro lado, en el plano religioso y cristiano, la acción salesiana se propone educar una fe consciente y operante, despertar la esperanza y el optimismo («servir al Señor con alegría») y la vida de gracia. Da impulso a la caridad en una experiencia integral de vida alimentada por una catequesis viva y por una predicación concreta y apropiada. En-

seña a descubrir y amar a la Iglesia como signo eficaz de comunión y de servicio a Dios y a los hermanos, y a ver en el Papa el vínculo de la unidad y de la caridad en la Iglesia. Hace vivir la experiencia de celebraciones litúrgicas alegres y juveniles con intensa participación en la Eucaristía. Promueve una fuerte devoción a la Virgen, Auxilio de los Cristianos, Madre de gracia, verdadero modelo de vida de fe (lograda) y de pureza serena y victoriosa. Educa y suscita una vida de oración auténtica, con particular cuidado de utilizar las formas más accesibles y cercanas a la piedad juvenil y popular (CG 21, núm. 92).

2) *Trabajar con empeño en el área cultural*

Para anunciar a Cristo a los jóvenes es preciso sentirse llamados a participar activamente en la gestación de una cultura nueva, y además conocer concretamente la condición juvenil de las diversas culturas donde se trabaja. A nosotros nos urge comprender y poner en práctica el aserto capitular de «evangelizar educando y educar evangelizando».

Es un tema que ya os he recordado en diversas ocasiones (ACS núm. 290 —agosto 1978—, págs. 40-41; ACS núm. 292 —abril-junio 1979—, págs. 6-8): nuestra misión juvenil y popular se sitúa en el ámbito de una cultura que se está gestando, y prefiere su sector educativo.

Ahora bien, los tres grandes documentos magisteriales insisten en las relaciones indispensables que hay entre la evangelización y catequesis por un lado, y los valores y modalidades concretos de la cultura o culturas por otro.

Baste aquí releer alguna de sus afirmaciones más significativas. El «Directorio General de Cate-

quisis Pastoral» (especialmente los núms. 2-9) nos recuerda que «la fe cristiana *requiere desarrollo y nuevas formas de expresión* para arraigar en todas las culturas de la historia. Aunque las aspiraciones y los principios profundos de la naturaleza y condición humanas permanezcan fundamentalmente los mismos, sin embargo, los hombres de nuestro tiempo plantean nuevas cuestiones sobre el sentido y la importancia de la vida. Los creyentes de hoy no son del todo semejantes a los de épocas pasadas. De ahí surge la necesidad de afirmar la perennidad de la fe, y también *de proponer de una manera renovada el mensaje de la salvación*» (Dir. Gral. Cat. Past. núm. 2). Así pues, urgen nuevas vías pastorales para servir de fermento en el tránsito cultural.

La Exhortación Apostólica «*Evangelii Nuntiandi*» (especialmente los núms. 19, 20, 40 y 50) constata el drama actual de la «ruptura entre Evangelio y cultura (cfr. núm. 20), y proclama con claridad que «para la Iglesia no se trata solamente de predicar el Evangelio en zonas geográficas cada vez más vastas o a poblaciones cada vez más numerosas, sino de *alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad,* que están en contraste con la Palabra de Dios y con el designio de salvación» (núm. 19).

Es decir, nos describe explícitamente y con amplitud en qué debe consistir la capacidad evangelizadora de penetración y fermento dentro de la textura cultural.

Finalmente, la Exhortación Apostólica de Juan Pablo II «*Catechesi Tradendae*», al hablarnos de «aculturación o inculturación», nos asegura que ese neologismo «expresa muy bien uno de los componentes del gran misterio de la Encarnación». En

efecto, se debe decir «de la catequesis como de la evangelización en general [...] que está llamada a *llevar la fuerza del Evangelio al corazón de la cultura y de las culturas* [...]». Por una parte, el Mensaje evangélico [...] siempre se transmite a través de un diálogo apostólico, que está inevitablemente inserto en un cierto diálogo de culturas; por otra, la fuerza del Evangelio es en todas partes transformadora y regeneradora [...]. Los auténticos maestros de catequesis saben que la catequesis se encarna en las diferentes culturas y ambientes [...]; pero no aceptan, en cambio, que la catequesis se empobrezca por abdicación o reducción de su mensaje, por adaptaciones [...] que comprometan el “buen depósito” de la fe, o por concesiones en materia de fe o de moral; están convencidos de que la verdadera catequesis acaba por enriquecer esas culturas, ayudándolas a superar los puntos deficientes o incluso inhumanos que hay en ellas y comunicando a sus valores legítimos la plenitud de Cristo» (núm. 53).

Como se ve, también en esta Exhortación de Juan Pablo II hallamos una indicación concreta para superar peligros no imaginarios de poner las culturas por encima del Evangelio, y un lugar de referencia para revisar y evaluar las modalidades prácticas de nuestro esfuerzo por entablar un diálogo entre la Revelación y el Humanismo, asegurando al Evangelio su primacía de interpelación, su fermento transformador y regenerador, su sintonía promotora de todo lo que es genuinamente humano, hasta poder afirmar, con los Padres de la Iglesia, el principio de encarnación formulado en el famoso dicho: ¡«Lo que no está asumido, no está redimido»!

Las tres citas magisteriales se complementan entre sí en un «crescendo» de convergencia lo-

grada en diferentes momentos históricos de reflexión: El Directorio lanza la necesidad de proponer el mensaje evangélico con un modo cultural nuevo; la «Evangelii Nuntiandi» insiste en llegar a los centros neurálgicos y a los puntos vitales de la cultura emergente; y la «Catechesi Tradendae» confirma ambos aspectos, muestra además cuáles deben ser los elementos de autenticidad en el diálogo con las culturas y exorciza sus peligros.



Formar personas competentes

¿Cómo responder concretamente a la llamada de los Pastores?

Pienso, lo primero, que será para nosotros una labor muy útil conocer y abundar de forma unitaria estos tres documentos como una base que oriente la renovación de nuestra pastoral. No se debería poder pensar que, en alguna Inspectoría, no estén influyendo ya en la acción salesiana e informando la mente de hermanos y colaboradores en el anuncio del Evangelio a los jóvenes. Una simple y rápida lectura de cada documento, hecha a distancia y por separado —y a lo mejor, bajo la influencia de comentarios parciales no exentos de prejuicios ideológicos—, nos puede llevar a subrayados parciales y desfasados, haciendo más difícil la convergencia, que se encuentra objetivamente en el desarrollo histórico del ejercicio del Magisterio que ellos contienen y que se enriquece íntegra en una visión de conjunto, más completa e integral.

Debemos añadir, además, que el afán y preocupación de la Iglesia en este campo en modo alguno se ha terminado ya: no ha hecho más que comenzar; es más, está siempre comenzando. A nivel de Conferencias Episcopales y de Iglesias locales se están elaborando, por ejemplo, los «di-

versos catecismos». Pues bien, debemos tomar con mucho interés esas iniciativas, con el propósito real de *hacernos colaboradores valiosos*, sobre todo en los «catecismos» de niños, de adolescentes y de jóvenes. Las aportaciones de nuestra experiencia y competencia deberían influir en la preparación, en la revisión, en la presentación y en la difusión de esos textos y en las diversas iniciativas de evangelización y de catequesis para la juventud de la Iglesia local.

Si además resulta que los «problemas» de la evangelización y de la catequesis se abren a nuevos horizontes, deberíamos sentirnos fuertemente interpelados por ellos. Los tres documentos magisteriales translucen, por ejemplo, *el esfuerzo de adaptación y de replanteamiento* que requieren, especialmente hoy, ciertos aspectos como el lenguaje, el conectar con la condición de los destinatarios, la capacidad del mensaje para incidir vital y claramente, y los puntos estratégicos de la animación evangélica de las culturas. Los Salesianos, en todas las naciones, deberían ser capaces de participar en la circulación de ideas y proyectos relacionados con este asunto. Hay que acoger generosamente la explícita llamada del Papa sobre la responsabilidad de los Religiosos, especialmente de los que, como nosotros, han nacido «para la educación cristiana de los niños y de los jóvenes, principalmente los más abandonados» (Cat. Trad. núm. 65).

Hay que tener en cuenta que, para ello, toda la posibilidad de nuestra respuesta queda condicionada por un dato real muy palpable y exigente: *el compromiso y el propósito de formar personas verdaderamente competentes*, en las que coincidan la adhesión interior y salesiana al Evangelio y la capacidad y pericia para comunicarlo. La formación de hermanos en este campo ha de ser, por tanto, un

frente que debemos poner en primer lugar, tanto a nivel de la formación básica como de especialización y de actualización y formación permanente.

Sigue siendo más actual y apremiante que nunca la orientación operativa del Capítulo General Especial: «*Por vocación y por misión, todo Salesiano es siempre y en todas partes un evangelizador, un catequista*. Por eso debe encontrar, en los períodos de su formación, especialistas en catequesis que le ayuden a realizar una fusión entre enseñanza religiosa (o teológica) y enseñanza profana, entre experiencia de vida comunitaria y acción pastoral directa. Dueño ya de este arte, póngase el Salesiano durante toda su vida, con entusiasmo y constancia, al servicio de la comunidad para este prioritario «deber» de evangelizar y catequizar» (CGE, núm. 341).

Don Bosco nos interpela

Tengamos por seguro, queridos hermanos, que, poniéndonos en esta línea de trabajo, nosotros proseguimos la misión de Don Bosco y actualizamos sus «opciones». Os quiero recordar sólo algún rasgo suyo, con la esperanza de que a través de ellos logremos posesionarnos de algunas intuiciones de aquella originalidad suya que será hoy nuestra mejor «aportación» a una Iglesia evangelizadora.

Es cosa patente que su proyecto educativo para la salvación de los jóvenes es «catequístico» en su esencia y en su extensión. Igual que deseaba la «Religión» como fuerza elevadora para la salvación de la sociedad, lo mismo pensaba que el Catecismo «en los oratorios festivos es la única tabla de salvación para tanta pobre juventud en medio de la corrupción general» (Mem. Biogr., 14, 541).

A esta misma idea obedeció el comienzo y desarrollo de su obra. Nos lo recuerda él mismo: «*Esta Sociedad, en sus comienzos, era un simple catecismo*» (MB 9, 61). Y esa misma razón inicial es también la primera en las mismas Constituciones, donde Don Bosco describe el proyecto de vida y de actuación de los Salesianos. En su redacción más antigua decía el texto: «El primer ejercicio de caridad será recoger jóvenes pobres y abandonados para instruirlos en la santa religión católica, particularmente durante los días festivos» (V. Archivo Central Salesiano 022, fasc. 1.º, pág. 5: capítulo «Finalidad de esta Congregación», art. 3).

A la luz de esta finalidad concreta y global se comprende por qué consideraba un «vicio en la misma raíz» estudiar mucho para uno mismo o para el prestigio de la ciencia, pero con abandono de los oratorios festivos y de los catecismos a los muchachos... (cfr. MB 17, 387).

El placer de comunicar la Palabra de Dios había sido un «don suyo» personal manifestado desde la niñez, su «momento de reposo y recreo» durante sus estudios de filosofía (MB 1, 381), la «gracia» pedida en la ordenación sacerdotal, la consigna del primer sueño («ponte... inmediatamente a instruirlos») y el «tema programático» de su encuentro con Bartolomé Garelli: «Si te diera catecismo aparte, ¿vendrías a escucharlo? [...] ¿Cuándo quieres que comencemos nuestro catecismo?» (Memorias del Oratorio, 126).

Junto a este primer dato fundamental, es decir, la importancia del anuncio del Evangelio en su labor educativa y pastoral, es interesante resaltar las tres grandes mediaciones utilizadas como vehículo y ambiente para su trabajo de evangelización y catequesis: la «educación» y las diversas iniciativas culturales con que convocaba, reunía y promovía a

2) los jóvenes; *las «publicaciones» de divulgación* con que llegaba a la clase obrera y animaba religiosamente la cultura del pueblo; *los «centros» o lugares de piedad popular*, cuyo ejemplo más elocuente puede ser el templo de María Auxiliadora: en ellos el culto, las celebraciones, la decoración y las iniciativas debían llevar a la instrucción y a la práctica del Evangelio.

3) Estas mediaciones juveniles y populares para sus destinatarios suscitaron también *un «estilo catequístico»*. Se percibe en sus escritos personales y en los «momentos» más característicos que nos han transmitido los cronistas. «Estilo» que consiste, fundamentalmente, en una adhesión religiosa a los contenidos de la fe propuestos por la Iglesia, en una acomodación al lenguaje usual y comprensible —a la medida—, sobre todo, del muchacho y del pueblo. De ahí su preferencia por los aspectos históricos (Historia Sagrada, Historia de la Iglesia, Historia de los Padres, Historia de Italia....) y por el género narrativo, anecdótico y didáctico, con la consiguiente concentración en lo necesario y la simplificación de las formulaciones conceptuales; de ahí el gusto y el arte de lo esencial de las verdades de la fe por encima de modas y de originalidades especulativas, y el carácter práctico, por el que, a partir del núcleo de la fe, se iluminan las actitudes y se inspira el comportamiento.

Pero acaso el rasgo más original y que hace a Don Bosco simpático a los jóvenes en cuanto mensajero del Evangelio, es *el haber sabido insertar su lección de catecismo en la trama de las acciones cotidianas* (cfr. CGE, núm. 275), haciéndola nacer en el clima de alegría y convivencia, tan connatural al modo de ser de los jóvenes.

Queridos hermanos, manos a la obra: a estudiar y aplicar con interés los documentos que guían la

renovación de nuestra pastoral, Tal vez la mejor manera de concluir estas reflexiones, tan a medida de nuestra misión, sea la de volver a escuchar juntos lo que dijo a Juanito, en su famoso sueño de los nueve años, aquel hombre de edad viril y vestido con elegancia: «Deberás ganarte a estos amigos tuyos, no a palos, sino con la mansedumbre y con la caridad. Ponte, pues, en seguida a *instruirlos* sobre la fealdad del pecado y la hermosura de la virtud [...]».

—¿Dónde, con qué medios podré adquirir la ciencia?

—Yo te daré *la Maestra* bajo cuya dirección podrás hacerte sabio, y sin la cual toda sabiduría es necedad» (MB 1,124).

Que María Auxiliadora, Madre de la Iglesia, nos ayude a todos a crecer en sabiduría y competencia para evangelizar y catequizar a la juventud.

Con afecto y esperanza,

EGIDIO VIGANÓ
Rector Mayor

Roma, 24 de febrero de 1980

P.D. Ante la proximidad de la fiesta de María Auxiliadora, os agradeceré prestéis mucha atención al *Plan de animación mariana de la Familia Salesiana*, páginas más adelante, en la sección «Documentos».

p. 62